



Lámpsakos

E-ISSN: 2145-4086

lampsakos@amigo.edu.co

Fundación Universitaria Luis Amigó

Colombia

Toro-Rendón, Andrés Darío  
INVESTIGAR PARA QUE SIGA LA FIESTA  
Lámpsakos, núm. 12, julio-diciembre, 2014, pp. 10-11  
Fundación Universitaria Luis Amigó  
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=613965328001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# EDITORIAL

## INVESTIGAR PARA QUE SIGA LA FIESTA

## KEEP RESEARCHING SO THE PARTY GOES ON

**Andrés Darío Toro-Rendón, MSc.**

*Unidad CET Estudios y Diseños Distribución Eléctrica  
Empresas Públicas de Medellín EPM E.S.P  
Medellín, Colombia  
Andres.Toro@epm.com.co*

Crecer y mejorar parecen ser las metas más frecuentes que se plantean las empresas. Sin embargo, los contextos en los que se dan y sus resultados no siempre satisfacen las necesidades de los seres humanos ni de la sociedad.

Y ¿cuáles son esas necesidades? La respuesta a esta pregunta sería subjetiva, pues la respondería un ser humano que vive, siente y sueña. Entonces las respuestas tendrían que darse en esos mismos términos, por lo que las necesidades no serían distintas a las de vivir, sentir y soñar por el mayor tiempo posible. ¿Acaso serán suficientes cinco años, 50 años, una generación, varias generaciones o por siempre? Sin duda, lo ideal sería por siempre, aunque sería más fácil encontrar soluciones para cinco años.

Pues bien, esto último es por lo que normalmente optan las empresas. Las metas de largo plazo son fijadas a cinco años, tales como crecer las ventas, aumentar los ingresos, incrementar el número de clientes, incursionar en nuevos mercados y que las utilidades sean mayores. Esto en tan sólo cinco años. Y como en cualquier actividad humana, se depende de la naturaleza para cumplir con estos objetivos, la cual tiene un ritmo más lento para reponerse. Los im-

pactos de la contaminación y los daños ambientales que se generan por tratar de cumplir con estas metas se percibirán en décadas y, seguramente, serán imperceptibles en cinco años.

Y ¿qué hay del anhelo humano de vivir, sentir y soñar por siempre? Queremos que la fiesta de la vida dure mucho, no sólo cinco años, y que ojalá alcance para nuestros hijos y nietos. Tendríamos mayor probabilidad de lograrlo si este propósito fuera de la sociedad en su conjunto, incluidas las personas que conforman las empresas y toman las decisiones. Sin embargo, pretender que algunas empresas cambien por su propia cuenta sus estrategias y metodologías, parece poco probable. Múltiples de estas estrategias fueron aprendidas de “gurús” que ganan mucho dinero con sus libros o conferencias, o quizás copiadas de modelos tomados de países “desarrollados”.

Es aquí donde el Estado y la política juegan un papel fundamental, pues son las herramientas para garantizar la supervivencia y la sostenibilidad de la sociedad, lo que es más real en sociedades maduras que han cultivado valores. La política o la regulación que aplica a los negocios de las empresas, constituye el mecanismo a través del cual la sociedad intenta

satisfacer las necesidades de varias generaciones futuras. Los casos que mejor pudieran ilustrar esta situación son los de la industria de los alimentos y el de las empresas prestadoras de servicios públicos de agua y energía, entre otros. En particular, en el sector de los servicios públicos es en el que se tienen las más elaboradas políticas en todos los países del mundo, con el fin de garantizar su sostenibilidad y sus precios asequibles a largo plazo.

Si coincidimos en que la vida está ligada al agua y a la energía, entonces inferimos que el tema de los servicios públicos es clave para la sociedad, por lo que a la política que regula este negocio debería dársele especial atención y prioridad en los ámbitos gubernamental y académico.

Desafortunadamente las evidencias demuestran que la sociedad no ha resuelto los problemas asociados con los servicios públicos. Tal vez tengamos algunas soluciones para los próximos cinco o 10 años, quizás para una generación, pero no pudiéramos asegurar que funcionen para varias generaciones, mucho menos para siempre, lo que se deduce de noticias referidas a personas y animales que mueren por la falta o la calidad del agua, cuando se anuncian grandes proyectos con altos costos económicos y ambientales para la obtención y purificación del agua o para la producción de energía y cuando satisfacer la alta demanda de energía conduce a desastres naturales. Llama la atención que se den algunos de estos hechos principalmente en países como Colombia, ricos en recursos naturales.

Entonces, ¿qué hacer para que la fiesta de la vida nunca pare? De acuerdo con lo anterior, la sociedad debería exigir una política o una regulación más fuerte y más rigurosa sobre servicios públicos. Dichas políticas deberían tener como referencia los más altos estándares, incluso mayores a los que se proponen como óptimos, pues los análisis para su definición frecuentemente son financieros.

Por la gran complejidad que implica el análisis de los servicios públicos, en los que predominan temas químicos, físicos, biológicos, legales y, en general, de ingeniería, pocas personas pudieran aportar a su estudio. Por eso las universidades juegan un papel decisivo puesto que allí se encuentran las personas más capacitadas para realizar dichos análisis y sugerir las mejores políticas.

Si bien es cierto que muchas investigaciones se dan alrededor de temas relacionados con agua y energía, también es cierto que muy pocos estudios consideran el tema de los servicios públicos, a pesar de tener un alto impacto en la sociedad, más cercano y más tangible para la mayoría de las personas.

Por lo anterior, las universidades deberían incentivar más las investigaciones relacionadas con los servicios públicos, con el uso de referentes como la regulación actual, con el fin de cuestionarla y mejorarla. Lejos de un afán de negocio, el objetivo sería garantizar su sostenibilidad por varias generaciones y ojalá por siempre. Esta debería ser reconocida como la principal responsabilidad de las universidades, investigar para que siga la fiesta.